

DANIEL HIDALGO

*Manual para robar
en el supermercado*



HUEDERS

Habían pensado con algún fundamento que no hay castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza.

ALBERT CAMUS

I just made love with your sweet memory
One thousand times in my head.

WEEZER

PRELUDIO

LOS DISCOS PERDIDOS

No tienen que haber pasado más de veinte minutos, o bueno, quizá sí, y pasó una hora entera antes de que alguien pudiera darse cuenta. Digamos que el sector no era muy concurrido y sus pocos habitantes acostumbraban más bien a dormir todo el día o ver televisión –que es casi lo mismo– cuando no estaban en sus trabajos. En general era un barrio demasiado aburrido. Colgaba del Cerro Mesilla, en el límite exacto con Playa Ancha. Cada una de sus casas se había construido así: desafiante y precaria, con las tablas corridas y las ventanas asimétricas, a medio terminar, en picada, como burlándose de la gravedad y de las múltiples posibilidades de un terremoto; porque cuando digo que el barrio *colgaba del cerro* no estoy haciendo ninguna metáfora repetida, efectivamente era así. Las cosas rodaban siempre de un extremo elevado a otro notoriamente inclinado. El tiempo tampoco había sido muy generoso con el lugar y todo pintaba como un cinematográfico pero pobre y triste pueblo fantasma, con la salvedad de que todos seguían llevando sus vidas como podían, entre quebradas y calles rotas. Entre la madera resquebrajada, la tierra, la maleza, el cemento y sus patéticas existencias pequeñas.

Técnicamente no era *mi* casa. Solo estaba por ahí las últimas semanas, sumergiéndome en ese anhelo de no irme nunca, o mejor dicho: quería que los días se congelaran y se repitieran por siempre, como cuando programas esas canciones que te gustan para que suenen una y otra vez, hasta el hastío infinito, en el minicomponente. *Infinite random*. O como en *El Día de la Marmota*, esa película en que trabaja Bill

Murray, en la cual cada vez que el tipo despierta es el mismo día que el anterior, asunto que primero le causa extrañeza, luego fascinación, y termina fastidiándolo por completo.

Supongo que lo que estaba haciendo era aspirar a esa discontinuidad espacio-temporal, a poner la vida en pausa y apreciarlo todo como una postal 3D, intuyendo que lo más cercano a la felicidad que podría llegar a sentir en la miserable vida solo pude palparlo esas semanas, en esa casa y nunca más.

Esa mañana yo no estuve ahí. Ninguno de nosotros estaba en el puerto.

Quien sí estuvo fue el Álvarez, un viejo insoportable de unos setenta años y apenas cinco dientes trizados y verdosos –el resto eran orificios entre sus encías, quizá igual de verdes y repugnantes– repartidos por su boca. Vivía dos o tres casas más abajo que la nuestra, entre los peldaños de madera y ese pasaje plagado de cañas que costaba demasiado recorrer sin salir con los brazos rasmillados. Lo conocíamos porque se le veía habitualmente en la botillería comprando alguna caja de vino para el almuerzo y todas las horas insoportables que venían después hasta el momento de dormir, o bebida para cuando iban a verlo sus nietos algunos escasos fines de semana. Si nos cruzábamos por el barrio, nos miraba con el odio concentrado en los ojos como si fuéramos la peor lacra humana, o el desastre de la evolución. Fue siempre así, su mirada, desde que lo vi por primera vez, aunque reconozco que nuestra particular forma de enfrentar a nazis fascistas como él, ayudó mucho a que la relación empeorara cada día.

Pero bueno, retomo: dijeron que el viejo Álvarez sintió el olor, se asomó por la ventana y corrió a confirmar lo que apenas sospechaba. Llegó a la pieza en que se encontraba Laura,

su mujer, y gritó *despiértate, mierda* en sus orejas hasta que se ahogó con su propia saliva. La Laura, también de unos setenta años, no le escuchó, pero esto no era extraño: la vieja había perdido el oído hace una década, así que el viejo huevón se vio obligado a volver a la ventana para gritar desde allí a quien de verdad estuviera dispuesto a hacer algo.

Las palabras, apenas descifrables entre la tos, la falta de dientes y la desesperación, cayeron a los oídos de dos cabros chicos que veían televisión en la casa roja que quedaba a un costado de la de los ancianos. Los pendejos se asustaron y corrieron a sus piezas a esconderse bajo la cama. ¿Cuál sería la maldita fascinación que tenían los niños con ese universo limitado que se escondía bajo las camas? Nunca lo vamos a saber. Y si alguna vez lo supimos, nunca lo vamos a recordar. Cuando se dieron cuenta de que los gritos no paraban, y que iban en aumento, decidieron acercarse tímidamente a la ventana que daba a la calle, como niños a punto de extraviarse, a la espera de un pedófilo Peter Pan, monstruoso y mesiánico.

Primero se asombraron –supongo, nada de esto lo sé con certeza, solo tengo algunos datos y una imaginación forjada por años de soledad frente a una consola de Atari 65xe–, luego salieron a buscar a algún vecino mayor, cualquiera que pudiera ayudar o al menos levantarse de la cama, arriesgando sus pisadas pequeñas, tal como si escaparan de algún bombardeo norteamericano en el Medio Oriente.

A metros de ahí, a unas dos o tres cuadras, se ponía una feria. Mauro, el anarco punk del que sabrán mayores detalles más adelante, tenía una caña infernal, no muy distinta a la que sentía cada sábado, pero que jamás le impedían estar a las cinco y media de la madrugada dispuesto a trabajar

entre lechugas y zanahorias. Fue él quien notó que el calor se había pronunciado, y fue él también quien vio la gruesa columna de humo que nacía de una ladera del cerro.

Al lado del puesto de verduras del Mauro se encontraba el del Caraetunel, a quien llamaban así por su piel oscura, de genes afrochilenos provenientes del norte. Él tenía puesto su habitual casete de cumbias, que repetía sin cansarse durante toda la jornada de trabajo. Un casete que el mismo Caraetunel grabó tarde tras tarde desde las radios que le alegraban la vida. Por ahí sonaban, como era costumbre, los mejores éxitos de los mejores tiempos de Amerika'n Sound, entrecortados por algunos hits de La Gran Magia Tropical, del Grupo Alegría, de “El Maestro” Antonio Ríos, y del quizá único grupo tropical que podría haberme llegado a gustar tanto como para ir a verlos en vivo alguna noche: Freddy y La Última Esperanza del Ritmo. Fue a este tipo, que a veces usaba calzoncillos pensando que eran bermudas, a quien Mauro le dijo primero que baja la radio, que mira pa allá. Que qué le respondió el otro, a lo que Mauro le repitió que baja la radio, hueón, que mira pa allá, que se está quemando algo. Hay un incendio, Caraetunel. Cacha, hueón.

En Valparaíso jamás han sido raros los incendios. Siempre se quema todo, es como una ciudad petardo que echa humo con el más mínimo roce, y esos días en que el fuego y el humo se toman todo es como la anarquía pura destruyendo el absoluto. Recuerdo un par. Recuerdo muchos, la verdad. De pendejo, mirándolos por la ventana, sintiendo el olor a quemado, viendo cómo las cenizas caían del cielo. Se quemaban casas, se quemaban barrios enteros, se quemaban basurales, se quemaban millas de pastizales y nadie era capaz de apagar el fuego. El que más recuerdo, por supuesto, es el de esa vez en que se prendió en llamas

el gasómetro y todo el puerto parecía una bomba en cuenta regresiva, el final de los tiempos había llegado y comenzaba en la ciudad más putrefacta del puto planeta. La gente corrió a los cerros, lo recuerdo bien, yo estaba en esa línea entre la niñez y otra cosa, y miraba cómo todos huían de algo que de haber sido era, en realidad, imposible de escapar, como si pudieran esconderse en medio de las pezuñas del avanzar de un godzilla con resaca. Cuarenta y cinco minutos del más horroroso y bello pánico.

Pero este incendio del que les cuento ahora es distinto.

Este incendio no solo quemaba nuestra casa y una parte del cerro, sino que además hacía arder un capítulo inédito de nuestras vidas.

Siendo honesto, y para simplificarlo todo, nosotros no dis-tábamos mucho de cualquier pendejo abandonando esa huevada rara y dolorosa que es la adolescencia: seguíamos ese *Manual del Joven Promedio que Bordea los 20* casi sagradamente. Nos cortábamos el pelo entre nosotros, discutíamos sobre si Sonic Youth era más grande que los Pixies, o si los Clash le volaban la raja a los Sex Pistols, leíamos a los beatniks como si fueran los apóstoles de una biblia en ácido y a Charles Bukowski como al único dios existente, nos embriagábamos con el alcohol más barato, a veces en polvo, consumíamos cualquier droga que se nos cruzara –las más económicas, también–, teníamos sexo afiebrado y sin preocupación alguna –eso sí con gratuidad absoluta y rara vez con protección. La liberación nos había llegado casi sin tener conciencia de ella, bombardeándonos de sueños pelotudos y canciones de rock alternativo.

La Lucy era tan loca como irresistible. Es inevitable no hablarles de ella. No hay opción alguna de no hacerlo. Esta historia no podría ser posible sin una *ella*. Y esa *ella* era Lucía Andrea Gutiérrez Morales, o Lucy, simplemente, o *La Mina Que Removió Todo Mi Sistema Nervioso*. Antes del incendio llevaba el pelo de un rojo furioso y unas raíces negras que mantuvo intactas unas semanas, a la misma altura, calculadas de forma milimétrica. Ella se delineaba los ojos de tal manera que los hacía parecer dos linternas abriéndose paso en medio del vacío del universo. No usaba más maquillaje que ese. Estaba flaca, flaquísima –en realidad siempre lo estuvo–, carecía de curvas y protuberancias, dándole una suerte de formas reptiles pero tiernas y perversamente infantiles. Había cumplido veintiuno hace unos meses. Era tres años mayor que yo.

Esa casa que ardió en fuego fue tan mía como de Lucy, tan mía como de cualquiera de los otros que habíamos decidido vivir ahí, pasar el tiempo ahí, convivir ahí, destruir el mundo ahí. Era tan nuestra y tan perdida en esos momentos que apenas Lucy recibió la llamada del Mauro, desde el teléfono público que quedaba a unas cuatro cuadras de su puesto de la feria, ella se puso a llorar por una hora –o quizá más– antes de llamarme a mí, que estaba en Santiago, visitando a unos *familiares lejanos por motivos estratégicos*, por llamarlos de alguna forma –me refiero a los familiares, no a los motivos.

Antes de eso, Mauro, observando cómo el humo se instalaba en el cielo, como en la escena final de *Los Cazafantasmas* (uno), manchándolo todo, con parafernalia, corrió a llamar a los bomberos, un ejercicio que resultó más simbólico que efectivo. Él sabía que nuestra casa estaba en ese sector, pero tardó un poco más en imaginar que sería el núcleo mismo del desastre. Es por eso que corrió esas cuadras en busca del

teléfono público que más tarde también sirvió para contactar a Lucy en La Serena, donde visitaba a sus viejos, cosa que rara vez hizo en el tiempo que llevaba conociéndola.

Cuando Lucy me llamó, solo se escuchaban sollozos al otro lado de la línea. Me pareció extrañísimo y al principio pensé que se trataba de alguna de esas llamadas desesperadamente sentimentales que ella hacía cuando estaba borracha, drogada o arrepentida, o las tres cosas a la vez.

Se acabó todo, hueón, por la chucha, se está quemando la casa, me dijo. Qué, ¿qué? le pregunté. Que eso, hueón, me respondió, que se está quemando toda nuestra puta casa de Valpo –no sé si ese *nuestra* sonaba para ella tal como sonaba para mí. Que me llamó Mauro, que está mirando el incendio. Que se acabó todo, hueón.

Ese diálogo se extendió por unos tres minutos frente a mi incredulidad, que más respondía a un estado de shock –como si me hubieran aforrado un cornete en mitad del hocico– que a un acto consciente.

Nuestra casa ardía y eso era todo.

Y de pronto, la voz magnética de la Lucy se confundió con sus sollozos y se difuminó en esa frecuencia distinta en que se sumergía mi cabeza.

Pensé en todos esos momentos que estaban convirtiéndose en cenizas, en esos recuerdos. Pensé también en mi ropa, los cuadernos, los libros y todos esos objetos que fui llevando en el breve tiempo a esa casa de madera que se montaba sobre un cerro.

Hasta que llegó, de golpe, una imagen cagacabezas que estaba seguro de que recurriría a mí en algunos sueños terribles del futuro: imaginé mis discos derritiéndose por el calor, arrugándose y desapareciendo entre las llamas.

Esa discoteca que había acumulado desde los últimos días de mi infancia, todos esos discos y casetes que llevé a ese

espacio particular y colectivo, para enseñárselos a Lucy, para compartírselos, para hacer de esas canciones nuestro mapa, nuestra historia y nuestra filosofía.

Pensé en esos discos perdidos y quedé mudo, partiéndome en pedazos y sudando frío. Era como la desaparición de una cultura entera. Pensé en todos esos artistas grabando en sus estudios, noches completas, una y otra vez, en esas máquinas que fabricaban los compacts de forma seriada, para hacerlos parte de la industria que les robaba el 90 por ciento de las ganancias a los autores, en las disquerías que los ponían en sus estantes, esperando por alguien que los comprara y los llevara a sus casas, los pusiera en sus equipos de música y dejara que el sonido y el ruido les tatuara el cerebro, y todo, en el caso de esta misión fallida, para eso: para que desaparecieran junto con un pedazo de nuestras vidas.

Valparaiso's Burning.

La llamada se cortó y por unos segundos me sentí abandonado en algún planeta extraño.

EL FIN DE LOS TIEMPOS

Toda la materia del universo estaba concentrada en una zona extraordinariamente diminuta del espacio. Era todo tan pequeño, tan limitado y tan aburrido que, en algún momento, todo explotó y la materia comenzó a dispersarse hacia todas las direcciones posibles, ocupando el espacio, ocupando el tiempo, extasiada de libertad.

Con la explosión, el Big Bang, según la llamaron los científicos, se creó un algo: una sopa de partículas elementales que apenas duró un fragmento de segundo para dejar de existir, convirtiéndose en otra cosa.

En esos inicios, el universo comenzó a ser un lugar divertido, frenético y ardiente. Era una gran fiesta que, como en esas buenas fiestas en donde el alcohol abunda, se volvió violenta y salvaje: se inició una dura pelea entre dos clanes aparentemente irreconciliables pero que en el fondo se necesitaban desesperadamente. Materia y antimateria se disputaron el terreno, expandiéndose, chocando, apareciendo y extinguiéndose, aniquilándose una a otra. Y tuvo que volver a empezar todo de nuevo, esta vez imponiéndose la materia. Aparecieron los protones, al mismo tiempo que los neutrones y electrones, eran distintos pero interdependientes: el Universo tenía un segundo de vida y era opaco, nada podía observarse en él.

Ese remolino en expansión hervía con partículas subatómicas, hasta que aparecieron los átomos y los elementos químicos. Durante 300 mil años el cosmos fue solo confusión y caos, y la anarquía la regla de todas las cosas.

La temperatura descendió, el Universo se volvió transparente y la luz pudo viajar a través del Espacio.